

Una partida descubrió mi escondite. Creí llegada mi última hora. Eran amigos, obreros de Haro, fugitivos. Contaron las hecatombes de Rioja¹⁸. ¡Asombroso! En los pueblos más señalados fusilaron los censos enteros. Me di a conocer y unimos nuestra suerte. Me pusieron en relación con un conductor. Encerrado en el maletón de un coche me llevó a Pamplona¹⁹. Al hombre no se le ocurrió otra cosa que esconderme en el cementerio. «Tengo aquí un buen amigo», me dijo. Muchos tenía yo, pero muertos. En Navarra apenas había más que carlistas, nacionalistas y católicos. En las elecciones, la coalición republicana no pasó de treinta y seis mil votos. Pues han fusilado a unas quince mil personas²⁰. Si la proporción es igual en toda España, hagan ustedes la cuenta... El conductor tenía, en efecto, un amigo

¹⁸ «La represión en La Rioja: la Guerra Civil, como enfrentamiento bélico entre dos bandos, no existió en el territorio de la Comunidad Autónoma de La Rioja. Únicamente se plantearon algunas reacciones espontáneas e individuales en varias poblaciones y breves escaramuzas bélicas en los primeros días de la sublevación militar. Alfaro fue la excepción, ya que algunos de sus habitantes organizaron una pequeña resistencia. Y no hubo guerra en La Rioja porque la Comandancia militar de Logroño estuvo en la sublevación desde fechas muy tempranas y las tropas salieron a las calles desde el primer momento, a las siete de la mañana del día 19 de julio» (disponible en: <<https://www.bermemar.com/DICTADURA/repreGC.htm>> y Antonio Hernández García, *La represión en la Rioja durante la guerra civil*, op. cit.).

¹⁹ Donde estaba el centro de operaciones del general Mola, el «Director» del golpe de Estado.

²⁰ «No se corresponde esta cifra con la de los estudios más actuales sobre la represión en Navarra. El historiador Emilio Majuelo, director del Fondo Documental para la Memoria Histórica de la Universidad Pública de Navarra, organismo creado en 2009, da estas cifras: «Más de 3400 víctimas mortales, de las cuales más de 3000 fueron fusiladas o hechas desaparecer. Nosotros también contabilizamos otro tipo de muertes, aunque no sean por fusilamiento. Por ejemplo, las ocurridas en cautividad debido a las malas condiciones de los penales. Cientos de personas murieron en el fuerte de San Cristóbal por las inclemencias del tiempo y el maltrato» (entrevista de Miguel M. Ariztegi a Emilio Majuelo, *El Diario*, 15 de abril de 2018).

camposantero. Pasé veinticuatro días metido en un nicho. No había peligro de que los vecinos me denunciaran. Por las noches salía a estirar las piernas y a recoger un poco de pan y un jarro de agua. Mi protector me preparó la fuga. Llegué a la raya a pie, en hábito de fraile, y di con mis huesos en Arlegui²¹. Huesos, porque no tenía más debajo del hábito, y el pellejo. Nunca hubiese creído que por salvarlo se padeciera tanto. Me socorrieron. Tardé unas semanas en recobrar-me. Quise volver a España...

MORALES.—Extraño caso.

RIVERA.—Ya me he dado cuenta. Con recursos prestados llegué a La Junquera. Me detuvieron por sospechoso. No tenía papeles. Alegué mi condición de diputado y lo puse peor²².

PASTRANA.—Lo de ser diputado estaba casi tan malo como ser general, obispo o patrono. Aunque no tan malo como ser ministro.

RIVERA.—Preso en una barraca, amenazado de muerte, logré enviar a Barcelona un recado telefónico. De allí me reclamaron con urgencia. Persuadidos de que iba al suplicio, unos sicarios accedieron a llevarme, maniatado en un coche, rozándome la nuca el cañón de una pistola. Estuve veinticuatro horas de pie en una mazmorra, apretujado en-

²¹ Arlegui se encuentra situada en la parte central de la Comunidad Foral de Navarra.

²² Los anarquistas estaban en contra de la política burguesa y contra el Estado y sus representantes. La situación en que se encontró Rivera al volver a España recuerda la del ratón del microrrelato de Kafka, «Una pequeña fábula»:

«—¡Ay! —dijo el ratón—. El mundo se hace cada día más pequeño. Al principio era tan grande que le tenía miedo. Corría y corría y por cierto que me alegraba ver esos muros, a diestra y siniestra, en la distancia. Pero esas paredes se estrechan tan rápido que me encuentro en el último cuarto y ahí en el rincón está la trampa sobre la cual debo pasar.

—Todo lo que debes hacer es cambiar de rumbo —dijo el gato... y se lo comió».

tre gentes de quien no llegué a ver con claridad las facciones. El mismo valimiento que me salvó en la frontera, obtuvo mi libertad. Todo mi haber consistía en los andrajos que llevaba puestos. Gracias al doctor Lluch salí de apuros y con devolverme la salud he recobrado la calma e incluso la esperanza.

LLUCH.—No tenía usted nada grave. Digamos hambre atrasada y una excitación nerviosa que se corrigió pronto. En cuanto se aclimató a la vida nueva. Al principio no se daba usted cuenta de dónde estaba. Como si cayera de la luna.

RIVERA.—En casi medio año no supe de España sino que en La Rioja y Navarra fusilaban a millares de hombres y mujeres. De lo restante, nada. Llegué a Barcelona creyéndome el protagonista de un drama excepcional. Hambre atrasada... sin duda. Pero créanme ustedes, más que comer y asearme, necesitaba aliviar mis pesadumbres, siquiera contándolas. Encontrar algún calor, un afecto compasivo²³. La impresión era glacial. No me daba cuenta, es cierto, de lo que ustedes habían pasado día por día, ni de que a nadie le quedaba lugar para el asombro o la conmiseración. Caí en una ciudad nueva. Salvado de la muerte²⁴, entraba en una sociedad que tenía también la pistola en la nuca²⁵. No se me ha borrado la extraña impresión de nuestra primera entrevista, Lluch. ¡Cuántas cosas pensaba contarle! Me recibió usted con estas palabras: «¡Hola, Rivera! ¿Qué le trae por Barcelona?». Me quedé cortado. Y sin transición, añadió usted: «¿Ahora se deja usted la barba?».

²³ Gabriel García Márquez cuenta en *Relato de un naufrago* que, tras haber milagrosamente llegado a tierra el naufrago, estaba hambriento y sediento. Se hallaba en medio de una selva y cuando vio al primer hombre, no le pidió comida ni agua, sino que le escuchara la tragedia que acababa de vivir. O sea: «Encontrar algún calor, un afecto compasivo».

²⁴ 1.^a ed.: mi muerte.

²⁵ Cfr. Introducción, «Una sociedad con la pistola en la nuca», págs. 114-136.

Recuérdelo y ríase de mí como yo me río. Al entrar en su habitación, pensé que entraba un personaje de tragedia. En realidad, entró un señorito mal afeitado. De pronto, cuanto quería contarle me pareció ridículo.

LLUCH.—Me preguntó usted por el perro y al saber que lo había matado un automóvil, rompió usted a gritar: «¡También el perro, también el perro!». Entonces pensé, se lo confieso, que no estaba usted en sus cabales.

RIVERA.—La atonía de usted y de otros me desconcertaba, por ignorancia. Verdad es que desde el paso de la frontera debí darme por advertido. Había algo peor: la envidia de algunos, por haber estado en el extranjero, mezclada con la lástima que les despertaba mi regreso. Yo había vuelto a España por un movimiento natural, sin proponerme sobre ello ninguna duda. Un conocido me dijo en Barcelona: «¡Cómo! ¿Estaba usted en Francia y ha vuelto? ¡Cualquier día hubiese vuelto yo!». ¡Qué rabia! Tras de conducirme como debía, me tomaban el pelo. Fuese rabia o miedo contagiado o deseo de no pasar por tonto, llegué a dudar si me marcharía. Luch me disuadió.

LLUCH.—No. Las cosas en su punto. Siempre me he guardado de decir a nadie lo que se debe hacer, como no sea a mis enfermos, y aun eso, barruntando que no lo harán. Le dije a usted, porque me lo preguntó, que no le creía expuesto a ninguna amenaza especial. No había usted salvado la vida a ningún arzobispo, a ningún monje. No tiene nada que ver con los enredos políticos y sociales de Cataluña, ni ha hecho bien ni mal a nadie en mi tierra. Pero no le dije que se fuera ni que se quedara. Me resisto a ser agente del destino cerca de nadie.

MORALES.—Lo mismo puede usted serlo dando un consejo que absteniéndose.

LLUCH.—Cierto. Pero a más que la omisión o la inacción no se puede llegar.

MORALES.—Hay quien piensa y escribe que, en su poca disimulada fuga, presta servicios de mucha cuantía.